

Historias de la emigración castellano-leonesa

Silvino Álvarez

Nací en Aranda de Duero, provincia de Burgos, el 2 de mayo de 1925.

Trabajé desde los siete años, primero vendiendo diarios y luego en una fábrica textil que nunca se funcionó (*sic*)¹. Porque nos dijeron que venían las máquinas en un barco, y este barco se hundió. Luego, a los dieciséis años, trabajé en una fábrica de mosaicos hasta los veintiún años. A mi quinta la llamaron para incorporarse al cuartel de artillería. Éramos dos amigos que teníamos la misma edad y siempre estuvimos juntos, también en el cuartel de Vitoria. Nos licenciaron cuando teníamos 24 años y a los 28 ya teníamos novia; él era carpintero y yo seguía en la fábrica de mosaicos.

Como es de suponer, en los ratos libres hablábamos de la situación y nos dábamos cuenta de que si nos casábamos, como no teníamos casa tendríamos que pagar alquiler, y por lo tanto no tendríamos para comer, pues la situación no estaba bien y trabajando mucho ganabas poco. También nos dábamos cuenta de que los jóvenes se marchaban del pueblo, bien hacia Europa, bien hacia América. Y hablamos de emigrar donde fuera. Consultamos a las novias y estaban de acuerdo en marchar; como es de suponer, primero nosotros.

Un día me dicen mis padres, al oírme hablar de que quería emigrar, que se pondrían en contacto con un tío cura. Este cura les mandó un contrato de trabajo, y dijo que iba a ver cómo me iba a reclamar. Y así él también reclamó a mi novia con contrato de trabajo. Un día me escribe una carta y me dice: “Aquí al Uruguay no puedes venir, porque nadie quiere hacer un contrato”. Fuera del pueblo yo no tenía familiares, y lo veía difícil poder emigrar al

¹ Por lo que dice el autor del relato debe entenderse que nunca funcionó adecuadamente. (N.E.).

Uruguay. Hasta que un día recibo una carta de mi tío cura diciéndome: “Mira, Silvino, me enteré de que para venir a Brasil no se precisa nada, y del Brasil pasan por la frontera y se viene la gente al Uruguay; pero corres el riesgo de que te agarren en la frontera y te manden de nuevo al Brasil, pues así les pasó a varios”. Pero yo ya lo sabía, por lo que escribían los amigos de otros animando a irse a un paisano del pueblo que tenía problemas con la novia, y me mostraba las cartas que le mandaban del Brasil. No puedo creer que esos amigos le pudieran engañar, pues le decían que le iban a dar tierra nada más llegar.

Así que en una agencia me hacen los documentos y salgo para Vigo, que es donde tengo que embarcar. Yo nunca había salido del pueblo y todo era cuestión de preguntar. En Vigo le pregunté a un hombre “¿dónde es el consulado de Brasil?” y me dice: “yo lo llevo”. Pasamos por un bar, y me dice que si quiero tomar algo. Entramos, y me pregunta: “usted, ¿en qué trabaja?”, y yo le digo que en una fábrica de mosaicos; y me dice: “No precisa ir al Brasil, yo lo llevo a una fábrica donde el dueño es amigo mío, pues se jubiló el que trabajaba”. Yo tenía la cabeza en Uruguay y nadie me detendría en España, y le dije que no.

Bueno, este hombre me llevó donde tendría que entregar los documentos para embarcar. Llego al mostrador y el que me atiende me dice que falta un documento: yo ya lo había previsto, pues al paisano del pueblo que había venido antes que yo le habían mandado de vuelta a buscar ese documento. Yo igual había ido unos días antes por si me pasaba lo mismo, pero tuve suerte. Cuando me atendía este hombre, se acerca otro que sería el jefe, y le dice al que me atendía: “Déjale que pase”. Así me libré de volver a por el otro documento. A todo esto, este amigo del pueblo volvió, y traía lo que le habían pedido. Embarcamos en el mismo barco, un barco francés ya viejo, que creo sólo hizo un viaje más.

El compañero de viaje del pueblo no tenía porqué venir: en el pueblo tenía su yunta de machos², trabajaba la tierra y disponía de pesetas. También tenía amigos que disponían de tierras; no estaba como nosotros que vivíamos de un salario y que no podíamos comer. Yo ya sabía por su manera de ser en el pueblo que no se adaptaría.

Cuando llegamos a Santos teníamos que esperar unas horas. Con este amigo mirábamos el puerto y veíamos un grupo de gente que subía sacos de café por una rampa. Eran blancos, negros y de todas razas, y lo primero que me dice es: “Aquí no me quedo, yo me vuelvo para España”. Pasaron unos

² Mulos, cruce de burro y caballo, animales de tiro muy comunes en España por su fuerza, resistencia y sobriedad en la alimentación. (N.E.).

meses y me escribieron desde España diciéndome que el paisano vino repatriado al pueblo.

Bueno, bajamos en Santos y junto a los demás nos llevan a San Pablo. Teníamos que ir a buscar una pensión: él traía las direcciones de los amigos que le escribían al pueblo. En taxi fuimos a la dirección que tenía. Llegamos, y nos dice una vecina: “Este señor hace unos días que se fue a Porto Alegre”. Yo le había dicho de ir al convento³, ya que yo traía una dirección; al llegar me dicen que este padre está en un congreso. El cura que nos atiende nos dice si precisamos una pensión, y nos lleva a una pensión de un español que nos atenderá bien. Llegamos a la pensión, que era de un aragonés, donde había muchos españoles.

Escuchando hablar a estos españoles, un gallego decía que lo que ganaba lo cambiaba en dólares y lo mandaba para Galicia. A mí esto no me gustaba. Había otro, que como el cocinero de la pensión era negro, decía que se iba a comer a otro lado, que no comía cosas que habían tocado sus manos. Para mí todo eso era nuevo, pues salir del pueblo hace unos pocos días, todo cuanto hablaban los demás lo escuchaba. Me extrañaba que estuviera pagando la pensión y que pagara dos veces la comida. Era abundante: La verdad es que a mí tampoco me gustaba, pero la comía. Había un catalán, que al servirle varios platos, él tenía un plato hondo donde ponía toda la comida junta. Los dólares era la primera vez que los oí nombrar.

Yo ya estaba en Brasil, pero seguía soñando con Uruguay, que era mi destino. Al día siguiente ya nos orientamos y fuimos en ómnibus a visitar nuevas direcciones que traía mi amigo. Llegamos a una casa, y nos atiende una mujer joven catalana a quien preguntamos por un amigo si es que vivía ahí. Nos dice que es su esposo. Pero estando esperándole llegó otro joven, y como no nos parecía, él y la señora al ver nuestro gesto, la mujer nos dice: “éste es mi hermano”. Y enseguida vino el amigo que yo no conocía pero sí a sus hermanos del pueblo, y ya le reconocí. Nos invitó a comer, y nos dice que él hace cosas de albañil por su cuenta. Yo le dije que en qué trabajaba, y me dice: “Vamos, que yo te llevo a una marmolería que hacen tu trabajo: los capataces son españoles y yo les hice muchos trabajos”. Fuimos, me presenté, y al día siguiente estaba trabajando. Ya mi amigo le dice: “Tú vienes conmigo a trabajar de albañil”. Y bueno, fue una suerte encontrar a este paisano, que nos solucionó el problema del trabajo.

Yo traía otra dirección que me había dado mi primo en España y fuimos a visitarle, pero no estaba. Nos dijeron que mañana podríamos encontrarlo y

³ Se trata, evidentemente, del convento en el que vivía el “tío cura” al que ha hecho referencia con anterioridad. (N.E.).

agregaron que él podría ayudarnos. Yo vi su casa, que parecía un chalet, y como a lo mejor podría darnos algún trabajo, yo no volví, pues mi idea era Uruguay, y este amigo de mi primo podría quitarme mis intenciones.

Otro día había salido de trabajar, y escucho a un joven que me dice: “Paisano, ¿a dónde va?”. Y como llevábamos el mismo camino empezamos a hablar, y le dije que mi destino era Uruguay. Y me dice: “De allí vengo yo”, y me agrega que allí se vive mejor, pero me tuvo que venir porque tenía dos amigos que querían que me casara con la hermana y a mí no me gustaba. Mira, tengo una carta para ella, si la quieres llevar. Le digo que sí, que cuando llegue le llevo la carta. Como ella trabajaba en una tienda que vendía ropa y en ese momento no podía atenderme, le di mi teléfono y me llamó algunas veces, pero yo no fui y no la vi más. Me dio la carta, un mapa de Montevideo y un peso uruguayo. Y me dice: “Con este peso tienes para recorrer todo Montevideo”. Y era verdad, el boleto costaba 10 centésimos. Para ir a Montevideo vas a ir en el tren que fui yo, y tarda siete días en llegar. Te aconsejo que compres embutidos duros y pan. Después de hacerlo me di cuenta de que todo salió como él me dijo.

Iba teniendo suerte: No había tenido ningún contratiempo, todo me iba saliendo bien. Hasta que llegó el día de salir para Montevideo. Cuando llego a la estación con dos valijas de madera que no valían nada, pero iba toda mi ropa, había que pasar por una puerta giratoria donde estaba un empleado. Un hombre que está detrás de mí me dice: “Con dos valijas no le dejan pasar”, y me agarra una y paso. A mí no me dio tiempo ni de hablarle, y me llamó la atención que todos caminaban corriendo. El hombre pasó la maleta y la dejó en el andén.

En el tren iban tres españoles para Montevideo, pero no llevaban comida, y yo no tuve más remedio que compartirla con ellos. No alcanzó para los siete días. Dejé algo olvidado para comer, aunque yo no comía mucho. Iba subiendo gente y el tren se iba llenando. Cuando llegamos a un pueblo bajan buena cantidad, y dicen que van a la feria de otro pueblo. En una estación que se llenó el tren se sienta a mi lado una persona bien vestida, que no parecía feriante, y empieza a hablarme. Yo le digo que voy para Montevideo, y él me pregunta si soy católico. Yo le respondo: “Católico, apostólico y romano, que es lo que aprendí en mi pueblo”. Y me pregunta si creo en la Virgen, le digo que sí, la madre de Jesucristo, cómo no voy a creer. Y me dice: “¿Tú no sabes que Jesucristo tenía más hermanos y que eran pescadores?”. Y le digo: “Yo de eso no sé nada, ni creo en nada de eso, al menos nunca me hablaron de eso, aunque puede ser verdad lo que Ud. me dice, tendré que aprender algo”; y me da una dirección para cuando llegue a Montevideo, donde me darían una Biblia. Y seguía hablándome más de Jesucristo. Yo creo que después de lo que me habló sería testigo de Jehová. Yo no fui a por la Biblia.

Los cuatro llegamos a un pueblo cerca del Uruguay llamado Santa María, que me recordaba a mi pueblo. Se escuchaban discos españoles, y la comida era a la española y abundante. Nos pusimos al día del hambre que teníamos los cuatro. Después llegamos a Santa Ana do Livramento, en la frontera brasileña, y a la ciudad de Rivera del lado uruguayo, separadas por una carretera. A estos tres amigos les recibió algún amigo, porque no les vi más. Pero el gallego que los recibió me dice que de Rivera sale un coche para Montevideo, que le diera plata para el boleto y que a la hora me llamaría, pues no tenía más que cruzar la calle. Pero éste no me llamó a la hora que me había dicho. Al día siguiente viene, y me dice que perdimos el primer ómnibus y tenemos que viajar en otro. Pasamos a Rivera y se puso a hablar con otro hombre, discutían los dos y no se entendían. Yo me di cuenta de que lo que querían es que yo pagara otro boleto. Les dije: “Bueno, si hay que pagar otro boleto lo pago”, y así todo se arregló. Cuando vieron que llevaba dos maletas me dice que se las deje, que me las mandaría por tren, pues en el ómnibus me pedirían documentos. Le dejé la plata que dijo, (yo siempre confiado de todos). Subí al ómnibus de la compañía ONDA. Llegados ya a Montevideo, fuimos mi amigo y yo a la estación durante varios días, hasta que aparecieron las maletas. De todos modos se portó bien el gallego, tan sólo me faltaba una afeitadora y una ropa que no tenía mucho valor.

En Rivera yo compré un libro para disimular, pues no olvidaba lo que me había dicho el amigo: “Te pueden devolver a Brasil si te agarran sin permiso”. Yo traía mi pasaporte, pero era para el Brasil, y también un documento para poder trabajar que me habían dado en el Brasil. Así que yo llevaba el libro abierto, pero no leía ni una letra. Llegamos a una parada, y desde abajo oigo preguntar, (sería la policía), si hay alguno sin documentos. Y dice el guarda, por el chofer: “Éste no lleva documento”. Y enseguida oigo decir: “Pasen, sigan”. Pero en el camino, ya cerca de Montevideo, sube el revisor o el inspector del ómnibus, pero al verlo con traje y gorro me pareció un policía. Yo que iba en los asientos de atrás, miraba lo que la gente sacaba de las carteras para enseñárselo. Yo creía que sería el pasaporte y miraba con los ojos bien abiertos. Para mí todo era nuevo. Cuando me tocaba a mí vi el documento que pedía: el billete del ómnibus que yo llevaba. Suspiré, y me quedé tranquilo.

Cuando entramos a (*sic*) Montevideo, el guarda pregunta a los pasajeros dónde quieren bajar. Cuando llegó hasta mí me pregunta y le digo que voy hasta el final. Y llegué a la Plaza Libertad, última parada del ómnibus.

Así pisé por primera vez Montevideo. Mi amigo me había dicho que cuando llegara me tomara un taxi que aquí le pagamos. Yo no sabía lo que era un taxi. Vi a un hombre lavando un coche y le pregunto si ese coche era un taxi. Me dice que no, y me da los detalles del taxi. Pero yo no quería arriesgarme al taxi, creía que podía equivocarme, porque como nuevo que era

en Montevideo, no conocía a la policía, por si me pedían documentos. Pero como no traía nada en las manos y era temprano, pregunté por la dirección del amigo. Me dije a mí mismo: “Voy caminando, ya llegaré”. Puedo decir que este recorrido lo he hecho mil veces después. Y preguntando llegué a la casa del amigo.

Justo llegué a la hora del descanso, y ya iban a comer. Nos dimos un gran abrazo, como también con la señora que era del pueblo. Hablamos hasta que tuvo que volver al trabajo, pues vivía en una casa de la fábrica. Cuando salió de tarde, como en su casa no podía quedarme, pues no tenía lugar, me llevó a la pensión que estaba cerca de la casa y de la fábrica donde él trabajaba de carpintero. Y como también era fábrica de mosaicos, ya me tenía el trabajo junto a la pensión, en la misma pensión que él estuvo cuando vino. Nos quedamos hablando con el dueño de la pensión, y cuando llegó la hora de la cena, nos sirvieron un primero, un plato de sopa y luego un plato de pasta. Yo no esperaba que me sirvieran más, pero me sacaron un plato con un churrasco que lo llenaba. Yo me dije si esto sería siempre así, así que ya empecé bien en la pensión. Yo en España nunca había comido así, y como me gusta comer estaba contento. De beber no servían, pero el beber no lo echo de menos porque no fui hombre de beber.

A los cuatro días ya estaba trabajando en la barraca. Primero tuve que trabajar en otra cosa, porque no había puesto en las máquinas. Un día estando en un pasamanos cargando baldosas en un camión, grita el gerente de la fábrica: ¡gallego! Yo recién llegado de España no sabía si en el grupo había algún gallego, y no le contesté. Gritó cuatro veces más, hasta que en la última grita: ¡español! Yo volví la cabeza y vi que se sonreía. Y le pregunto si es que me llamaba a mí, “como usted gritaba ¡gallego!, y yo no soy gallego, no sabía si me llamaba a mí”. Y me dice: “desde mañana ganas un peso más”. Yo igual sabía que me llamaba a mí, pero recién llegado no me gustaba que me llamasen gallego. Luego tuve muchos amigos gallegos, y yo mismo me llamaba gallego.

Todos españoles sabíamos cómo se vivía en la época de Franco y cómo emigraban los obreros que podían... y uno de ellos fui yo. El amigo que me había conseguido trabajo en la fábrica a los cuatro días de llegar, ya desde el primer día me habían puesto en planilla con los aportes para la jubilación. Trabajé 33 años, y siempre pagaron lo mismo⁴. Ganaba ocho pesos, y de acuerdo a eso pagaron todo el tiempo que trabajé. Al mes ya empecé a tra-

⁴ “Siempre pagaron lo mismo”, el autor parece querer indicar que la empresa siempre cotizó la misma cantidad para la jubilación pues su sueldo, como se lee, en líneas más abajo, fue subiendo. (N.E.).

bajar en la máquina haciendo mosaicos, y ganaba 10,6. Llegué a ganar más porque fui capataz: terminé siendo capataz general ganando mucho más, y por lo tanto aportando mucho más para cuando me jubilara. Pero la empresa no hacía los aportes correspondientes, aun siendo obrero mensual. Llegó el día de jubilarme, y de acuerdo a los aportes que deberían haber hecho, tendría que cobrar tres veces más de lo que estoy cobrando. El empleado de la empresa me dice que no puedo cobrar más porque no hicieron las debidas cotizaciones y se paga de acuerdo a lo cotizado. Así que tuve que callarme. Nadie nos hacía caso si protestábamos, pues había terminado la dictadura y no hacían caso a los reclamos y menos a los obreros como yo.

Un día salíamos de cobrar mi señora y yo. Nos acompañaban dos amigos que también se había jubilado ese mismo día y también habían cobrado. Me dice uno de ellos: “Qué mala cara traes, Silvino”. Le dice mi señora: “No va a tener mala cara, pues con lo que le descontaban en la fábrica le quedaron 40 pesos”. Y dicen los otros amigos: “A mí me dejaron 25”, “y a mí 28”. Me quedé más tranquilo, porque a ellos les había quedado menos que a mí. Yo creí que solo me pasaba a mí, pero ellos también esperaban más.

En España no sabía lo que era hacer paros⁵. No me gustaba nada, porque ese día no ganaba el sueldo, y yo recién llegado, lo precisaba para mandar a mi novia, que estaba en España, y así pudiera comprar ropa para traer y pagar el pasaje. Estaba haciéndole un contrato de trabajo para poder venir. También mandaba algo a mis padres. Como para que me gustaran los paros, eran pesos que no cobraba.

Un día me dice un compañero que por qué no iba a los paros si todos vamos; porque si no hacemos paros no nos aumentan el salario y cada vez ganamos menos; te van a criticar si no vas. La empresa no prestaba el camión para ir. Hasta el capataz me decía que fuera, pues el capataz me apreciaba mucho, porque se daba cuenta que en el puesto que me ponía me desempeñaba mejor que nadie y me daba el trabajo que otros no sabían hacer. Los compañeros ya me miraban mal por no ir a las manifestaciones. Yo recordaba de mi vida en España, que todos aquellos que protestaban iban a la cárcel, pues Franco no permitía nada de esto y a los pueblos nos llegaban esas noticias. Ese era mi miedo, que aquí hicieran lo mismo y la policía hiciera lo mismo.

Este compañero me animaba y el capataz también. Un día este compañero me invita a ir, y me dice que la empresa presta el camión y que van todos... así que fui con ellos a la concentración que era en el Palacio Legislativo. En la concentración había muchos obreros, pero también había mucha policía. Yo no le decía nada al compañero, pero digo la verdad, miraba por donde

⁵ Huelgas. (N.E.).

escapar. Los que hablaban en la tribuna eran obreros con la ropa de trabajo como nosotros, hablaban contra el gobierno, les llamaban ladrones y muchas cosas peores. Y como se iba haciendo de noche, la gente se iba, iban lejos y se les hacía tarde. Yo le decía a mi compañero: “Vámonos, que esto se pone feo”, y él me contesta que no pasa nada. Esto no es España con Franco. Yo no me escapaba porque llevaba un mes en Montevideo y no sabía el camino de la pensión, pues sólo conocía de la pensión a la fábrica. Pero subió un negro a la tribuna, también con ropa de trabajo, y se puso a criticar a los gobernantes, y si los blancos criticaron al gobierno éste los criticó más. Yo pensaba que si este hombre estuviera en España y dice estas cosas, lo matan. Yo ya estaba más asustado, porque quedábamos pocos obreros y quedaban más policías, Yo no creía que fuera a terminar bien, y miraba por dónde escapar. El compañero me miraba y no me decía nada, pero pensaría que yo andaba con un miedo atroz y que si no me iba era porque no sabía ir a casa. Yo pensaba que la policía empezaría a dar palos, y a tirar tiros. La verdad, que si yo sé que iba a pasar esa tarde tan mal, no hubiera ido. Pero todo terminó bien, no pasó nada. Yo mi miedo pasé, pensando lo que hubiese pasado en España. Si esta gente habla así en España, no bajan de la tribuna.

Al otro día, en la fábrica, me felicitaban por haberlos acompañado, porque a pesar de llevar un mes en la fábrica, era responsable en el trabajo; pero también sería porque el compañero les diría el gran miedo que pasé y que me quería marchar por miedo a la policía.

Con el paso del tiempo les acompañaba a todas las manifestaciones, porque me daba cuenta de que era el único medio de que aumentaran el salario.

Tendría más que contar de mi vida en Montevideo, pero creo que es mucha letra y ya está bien. Lo que sí debo decir es que cuando yo llegué hace 52 años, esto estaba bien, pero ahora este país está mucho peor que España cuando emigramos nosotros; pero aquí vivo y a los 80 años es difícil marchar de aquí, y ya jubilado, a dónde voy.

Sigo vinculado a la UNIÓN CASTELLANO LEONESA, pues cinco burgaleses queríamos formar el club burgalés, pero como en esos años en España se formaron las comunidades autonómicas y se unieron Castilla y León, nos reunimos y acordamos poner ese nombre. Yo me dediqué a cobrar y a convocar a los socios durante los diez años de vida desde que se fundó, y a pesar de mis años, sigo apoyando y trabajando para la UNIÓN CASTELLANO LEONESA, como integrante de la Comisión Directiva.